

TESORO
ORATORIA SAGRADA
PREDICACIONES
PRIMERA PARTE
DICCIONARIO APOSTOLICO
CORRECCION, ORDENADA Y COMPLETADA
POR UNA SOCIEDAD DE BOLSEISTAS
El M. D. Hermano Bulson
Tomo III

CARNAVAL.

I.

Filius omnis tradetur...., et illudetur, et flagellabitur.

El hijo del hombre será entregado...., y escarnecido, y azotado.

(Luc. xviii, 32.)

Quando considero los ultrajes y la ignominiosa muerte, que anunció Jesucristo debía padecer, y que, efectivamente, padeció sobre el Calvario, la razon humana se rebela; y á no constar por la fe, se haria increíble, que un Dios, que posee solo la inmortalidad, descendiese del seno de su Padre al de una Virgen, á tomar un cuerpo humano para exponerlo á los tormentos, con solo el fin de redimir al hombre. Sin la fe, ¿quién creeria, que el Verbo eterno, Dios de majestad, que con sola su palabra crió todos los seres visibles é invisibles, se anonadase y humillase, hasta el extremo de dar la vida entre afrentas? Pero, si consideramos, que á ello se ofreció voluntariamente por un efecto de su amor al linaje humano, y que así lo anunció por sus profetas, cesará, en parte, nuestra admiracion; y ésta desaparecerá enteramente, si atendemos á que la escena del Calvario ha venido á ser el espectáculo favorito de nuestros dias. ¿Quién creyera, á no constar por una triste experiencia, que los cristianos, más criminales aun que los mismos judios, los cuales, segun el Apóstol, si hubiesen conocido al Rey de la gloria, jamás le hubieran crucificado; ¿quién creyera, que los cristianos habian de renovar, principalmente en este tiempo, las ignominias y afrentosa muerte de Jesucristo en el Calvario? Y para que no penseis, que esta es una paradoja, hija de mi entusiasmo, os haré ver, que los placeres á que os abandonáis en estos dias, renuevan la pasion del Hijo de Dios; por manera, que si fuera capaz de padecer despues de su resurreccion, sufriria

008336

por vuestras manos los mismos ultrajes y muerte que padeció en el Calvario. Dos reflexiones breves, que dividen la materia de este discurso, objeto de vuestra atencion y de mis endebles conatos. Pidamos las luces del Espíritu santo: A. M.

1. Basta un momento de atencion sobre las diversiones de este tiempo, para ver renovados los ultrajes que sufrió Jesucristo en el Calvario. Cuando la Iglesia, nuestra madre, se prepara á lamentar los dolores y afrentas de su Esposo; cuando empieza á revestir sus altares y ministros de ornamentos lúgubres, para que entonen tristes cánticos análogos á la pasion y funeral de Jesucristo; cuando va á publicar la ley solemne del ayuno, mortificacion y penitencia, para que sus hijos obtengan la remision de sus pecados por medio de los sacramentos, y se dispongan á resucitar espiritualmente con Jesucristo en la solemnidad de la Pascua, ¿qué es lo que vén nuestros ojos? ¡Ah! vuestros ultrajes, ¡oh mi Dios! me hacen estremecer. Si os considero sobre el Calvario, os veo entregado á los judíos por un discípulo pérfido, puesto en paralelo con Barrabás, sedicioso y homicida, é insultado con todo género de oprobios. Pero si examino, á primera vista, lo que pasa en estos dias de carnaval, veo renovada vuestra pasion por los cristianos, vuestros hijos, con mayor ignominia. Os veo, en efecto, entregado y abandonado por infieles discípulos; en paralelo con el mundo y preferido éste á vos por hijos vuestros, ciegos y rebeldes; expuesto á los insultos del libertinaje más escandaloso. Hé aquí los execrables crímenes, á que se abandonan la mayor parte de los cristianos en estos dias.

¿Pondero yo, señores? Nada ménos. ¿Qué es lo que registran nuestros ojos, sino un comercio de iniquidad? ¿Qué es lo que ves? dijo Dios á un profeta. Veo una olla encendida, que denotaba el fuego á quien adoraban por Dios los caldeos y los persas. Y nosotros, ¿qué es lo que vemos en el carnaval? Otra olla encendida en el fuego violento de la sensualidad y de la gula, que son las divinidades á quienes ofreceis incienso en estos dias; pues toda inmundicia ó torpeza, como dice el Apóstol, es servidumbre ó esclavitud de los ídolos; y el ébrio, ó guloso, no tiene más Dios que su vientre, como dice el mismo. ¿Con qué podreis, pues, cohonestar este comercio de iniquidad, en que ocupais estos dias de luto y de preparacion para la penitencia? Hablo de estas juntas, comparables á los bacanales, luperales y florales del gentilismo, donde como carbones os encendeis mutuamente en el fuego de la lascivia; juntas abominables, en que presiden Vénus y Baco; es decir, la embriaguez y la desenvoltura;

juntas detestables, donde el pudor falta, la inocencia perece, la liviandad se celebra, y donde todo es lícito ménos la modestia. Díganlo vuestros juegos del secreto á placer, vuestras danzas entrelazadas, y demás incidentes criminales, que no me es lícito pronunciar. ¡Oh tiempos! ¡oh costumbres! ¡oh vergonzosa confusion!

¿Quién os ha fascinado, cristianos, para que en el tiempo mismo en que la Iglesia os convida á compadeceros, con espíritu de contricion, de las afrentas y dolores de su Esposo, que nos anuncia el Evangelio, os entregueis á las pompas y vanidades del mundo, que renunciasteis en el sacro bautismo? ¿No es esto renovar, en cuanto es de vuestra parte, los insultos del Calvario, añadiendo dolor á sus dolores? ¿No es esto, segun el Apóstol, burlarse y pisar al Hijo de Dios por medio de vuestros enormes crímenes? *Quanto magis putatis deteriora mereri supplicia, qui filium Dei conculcaverit, et sanguinem testamenti pollutum duxerit?* HEBR. x, 29. ¿No es esto poner en paralelo á Jesús y á Barrabás, dando la preferencia á este último, á imitacion de los judíos? *Pelistic virum homicidam donari vobis, auctorem verò vitæ interfecistis.* ACT. APOST. III, 14.

¡Ah! ¿cuántas veces preferís el crimen á la inocencia, el vicio á la virtud, las tinieblas á la luz, Belial á Jesucristo, el demonio al mismo Dios? Por manera, que si en este momento os digo: ¿á quién quereis poner en libertad, á Jesús, ó al ídolo favorito de vuestro placer? me parece oigo resonar una voz acorde, de la mayor parte de mi auditorio, que muera Jesucristo, con tal que viva el torpe objeto de vuestros sensuales apetitos: *non hunc, sed Barrabam*; pues, aunque vuestros labios no lo pronuncien, vuestras obras lo manifiestan.

Nosotros, oigo decir á algunos, no pretendemos otra cosa en estas diversiones, que seguir el uso y la costumbre del siglo. Nosotros no hemos establecido estas diversiones, y solo nos acomodamos á ellas. ¡Ridícula excusa! ¡miserable pretexto! ¿Juzgais, por ventura, que el uso y la costumbre, ó por mejor decir, la corruptela, formen prescripcion contra las leyes divinas? ¿ó qué el Evangelio, que prohíbe estos placeres criminales, prescriba con el tiempo? Porque muchos caminan por esta senda espaciosa y tortuosa á su perdicion, ¿os será lícito abandonar el camino estrecho y directo, que os señaló Jesucristo para conseguir la vida eterna? Cuando os veais en el tremendo juicio, y próximos á rodar bajo el trono de Dios, ¿osaréis decir: Nosotros, Señor, hemos blasfemado vuestro santo nombre, porque lo hacian otros muchos; hemos asistido á las asambleas y juegos profanos, por seguir la costumbre de los demás; hemos violado la

decencia, la modestia y la templanza, por acomodarnos al uso y no pasar por beatos? ¡Ah, hombres ciegos y guía de otros ciegos! vosotros mirais con preferencia á Barrabás en el paralelo con Jesucristo, y caminais al abismo, insultando á este divino Salvador con los mayores oprobios.

Consideradle sobre el Calvario, os ruego, expuesto á la irrisión de un pueblo tumultuado, entre gritos confusos y algazara, pidiendo á voces la crucifixión de este inocente Cordero, tratado como rey de burlas, vestido de púrpura, con una caña por cetro, coronado de espinas, y entregado á discreción de los judíos. ¡Qué lastimoso espectáculo! Mas ¿quién creyera verlo reproducido en nuestros días entre una multitud de cristianos, que, entregados á una licencia desenfrenada, abren su corazón á los vicios más vergonzosos, beben la iniquidad como agua, insultan con obras y palabras al Dios de majestad, que los crió, y, á manera de libertinos, profanan lo más sagrado de la Religión?

Llamo libertinos, con un sábio, á todos aquellos que, mientras resuenan en los templos las eternas verdades del Evangelio, profanan una infinidad de lugares con blasfemias y abominaciones: llamo libertinos á los que se disfrazan, por medio de máscaras, tan infames como ridículas, en el tiempo mismo en que aparece Jesucristo sobre los altares, condenando el crimen, y exigiendo la adoración en espíritu y verdad: libertinos llamo á los que colman la medida de sus pecados, mientras los ministros del Señor ofrecen sacrificios de expiación, y publican indulgencias para separar á los hombres del inminente riesgo de condenación. ¿No es esto renovar las causas de los insultos, burlas y oprobios que sufrió Jesucristo sobre el Calvario? ¿No es esto blasfemar su santo nombre? *Polluerunt nomen sanctum meum in abominationibus.* EZECH. XLIII, 8. ¿No es esto, para decirlo de una vez, renovar la muerte del Salvador? *Et postquam flagellaverint, occident eum.* Segunda reflexión, que paso á exponer con brevedad. Seguidme atentos.

2. No me atreveria yo á calificar de horrendo deicidio los escandalosos desórdenes, que cometeis en estos días, si antes no lo hubiera hecho san Pablo. Reprendiendo este Apóstol de las gentes á los hebreos, y en ellos á todos nosotros, dice expresamente, que por sus pecados crucifican de nuevo al Hijo de Dios en sí mismos, por el desprecio con que le miran: *Rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei, et ostentui habentes.* AD HEBR. VI, 6. Para quedar convencidos, basta reflexioneis sobre los derechos incontestables que Jesucristo tiene sobre nosotros. La Fe nos enseña, que es nuestro principio,

nuestro último fin, y nuestro soberano bien. Derechos sagrados é inviolables, que despreciais solemnemente con vuestras diversiones, máscaras y juegos profanos.

En efecto; considerando á Jesucristo como primer principio y criador, no tenemos facultad de disponer de nosotros inocentemente á nuestro arbitrio. Abandonados, pues, al culto de Baco y de Vénus, es decir, á la destemplanza y sensualidad, violais la santidad de este primer principio, que, al criaros, os intimó el precepto de obrar en todo conforme á su divino beneplácito: quiso, que respetarais y adorarais la mano benéfica, que os sacó de la nada por un efecto de su bondad infinita, para comunicaros una eterna felicidad. Como obra de sus manos, debemos someternos á su autoridad legítima, y el adorable respeto de criador nos obliga á una eterna obediencia. A este fin nos manda, que seamos perfectos como lo es nuestro Padre celestial, que está en los cielos; sin olvidarnos, que nos sacó de la esclavitud del pecado y de las densas tinieblas de la ignorancia y del error á su admirable luz.

¿Denotan, os ruego, estos puros sentimientos, vuestras diversiones bacanales y profanas? ¡Ah! si en el momento que aquí hablo, revelára Dios los pecados que cometeis en vuestras asambleas de carnaval, como lo hará en el día de la ira, diriais con anticipación como los réprobos: caed, montes, sobre nosotros, para no ver la horrible deformidad de nuestros crímenes: *Cadite, montes, super nos.* OSE. x, 8. ¡Oh, cuánto (clamariais), oh, cuánto hemos errado el camino de la verdad! *Ergo erravimus à via veritatis.* SAP. v, 6. ¡Oh, cuánto más reprobos somos que los judíos, pues ellos crucificaron al Rey de la gloria, que no conocieron, y nosotros, conociéndole y confesándole, renovamos, cuánto es de nuestra parte, su crucifixión por medio de nuestros pecados, sin adorarle como á Hijo de Dios! *Rursum crucifigentes Filium Dei, et ostentui habentes.* ¿Ignorais, por ventura, que estais cometiendo una especie de rebelión contra el Señor y su Cristo, menospreciando á vuestro principio y fin último? *Ego sum Alpha et Omega, principium et finis.* APOC. I, 8.

Esta última cualidad, señores, os obliga á vivir para Dios, y á referirle todas vuestras obras, para que presida en ellas y sean dignas de su divino beneplácito. Esta es la oración continua, que Jesucristo nos manda en su Evangelio; y aludiendo S. Pablo á ella, dijo: ya sea que comais, ya que bebais, ya que hagais cualquiera otra cosa, referidlo todo á la gloria de Dios. I. COR. x, 31. Ahora, pues, ¿osareis referir al Señor vuestros bailes entrelazados, vuestras máscaras y juegos indecentes, vuestras palabras y acciones impuras, vues-

tras embriagueces é inmodestias? Y si no os atreveis á proferir semejante blasfemia, ¿cómo osais ocuparos en acciones tan bajas y vergonzosas, renovando las causas de la crucifixion de Jesucristo? *Rursum crucifigentes Filium Dei.* ¡Qué estupidez! ¡qué ceguedad! ¡qué delirio, querer restablecer el imperio del demonio, y sacudir el yugo de la Religion, para doblar la cerviz al de Satanás! No os engañeis, señores; Dios no será burlado. Sabed, dice S. Agustin, que esta vida mole y sensual que manifestais, es indicio claro de una fe moribunda; y estos juegos, que mirais como pasatiempos, tienen al demonio por autor, como se explica S. Efren, y os conducen á la idolatría: *Magister omnis iniquitatis, qui docuit idola colere, docuit etiam ludere.*

¿Podreis, despues de este desórden, lisonjearos de que vivís solo para Dios? ¿Es vivir solo para Dios, dice un sábio, ocuparse en obras del demonio? ¿es vivir solo para Dios presentarse escandalosamente al público? ¿es vivir solo para Dios, cometer acciones, que no pueden referirse al Señor? ¡Ah! ¿dónde estais, felices siglos de la Iglesia primitiva, en que huían los cristianos de todo género de espectáculos profanos; en que reinaba la modestia y el amor de Jesucristo, nuestro benéfico Salvador? Vosotros habeis ya desaparecido, la caridad se ha resfriado, y solo reina la ingratitud para renovar la crucifixion del Señor: *Rursum crucifigentes Filium Dei.*

Como Dios nos amó desde la eternidad con un amor sincero, puro, verdadero y benéfico, nos intimó, por su primer precepto, que le amásemos de por vida con todo nuestro corazon, nuestra alma, nuestras fuerzas y potencias, por ser quien es, y en señal de gratitud á sus inefables beneficios: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota fortitudine tua.* DEUT. VI, 5. Examinad, os ruego, sin indulgencia, vuestro interior, y decidme de buena fe; ¿si serán compatibles las obras en que ocupais estos dias, con el amor y espíritu de reconocimiento á Jesucristo, que la ley os intima, sin distincion de tiempos? ¿Decidme, si en medio de vuestros placeres y asambleas de carnaval, estais animados del amor de Dios, ó abismados en el del mundo? ¿Decidme, si amais, en esta última hipótesis, de todo corazon á Jesucristo, con toda vuestra alma y vuestras fuerzas, ó si es el mundo y sus placeres vuestro ídolo? Pero, sabed, entretanto, decia un Padre de los tiempos primitivos, que el que quiera divertirse con el siglo, no se gozará con Jesucristo. Ni olvidéis lo que á nombre del Salvador decia S. Bernardo: más grave es para mí la cruz de los pecados, en que sin querer estoy pendiente, que la que sufrí (voluntario) por un efecto de misericordia contigo:

Gravior apud me peccatorum cruz, in qua invitus pendeo, quam illa in qua tui misertus ascendi.

Todo, señores, conspira á manifestarnos, que los juegos y placeres en que ocupais el carnaval, vuestras reuniones, en que presiden la gula, la embriaguez, la inmodestia y la licencia, solo son á propósito para renovar, cuanto es de vuestra parte, los insultos, oprobios, y afrentosa muerte de Jesucristo: *Rursum crucifigentes Filium Dei, et ostentui habentes.* Ruégoos, pues, por las éntrañas del Salvador, por su terrible venida, por su reino inmortal, que repareis el horrible deicidio de que os habeis hecho reos, por medio de una verdadera penitencia en vida, para no sufrirla despues por una eternidad.

¡Omnipotente y sempiterno Dios, que dominais poderosamente el corazon de los mortales, y sois más árbitro de ellos que sus mismas voluntades! sujetad la rebeldía de estos corazones profanos, que desacreditan vuestra Religion; iluminad sus tinieblas con un rayo de vuestra luz, para que os conozcan, os amen, y confiesen, que solo á vos se debe el honor, la virtud, el amor y la accion de gracias, por los siglos de los siglos. Amen.

CARNAVAL.

II.

Omnia consummabuntur quæ scripta sunt per prophetas de Filio hominis.

Se consumará todo cuanto los profetas han escrito del Hijo del hombre.

(Luc. xviii.)

La Iglesia, nuestra madre, hace, por decirlo así, un esfuerzo, para apartarnos de los peligros en que ponen á muchos cristianos las diversiones de origen gentilico, á que suelen entregarse en estos dias de carnaval. Muchos de ellos corren ciegos en pos de los ídolos del

placer y del libertinaje, á la manera que los israelitas corrian en el desierto tras el becerro de oro; creen, que, en estos dias, todo les es lícito, y de ahí, la multitud de horribles culpas que inundan la tierra, y son causa de la perdicion de las almas. Para evitar tan grande ruina, la Iglesia nos presenta á Jesucristo en el acto de subir á Jerusalem, para que en él se cumpla todo cuanto acerca del Hijo del hombre anunciaron los profetas.

Y ¿qué es lo que éstos vaticinaron del Salvador? ¿Acaso, glorias? ¿Acaso, conquistas? ¿Delicias y placeres, tal vez? Nada de esto. Lo que vaticinaron, lo que iba á cumplirse al subir Jesucristo á Jerusalem, eran escarnios, ignominias, azotes, espinas, y muerte horrible: *Tradetur enim gentibus, et illudetur, et flagellabitur, et conspuetur, et postquam flagellaverint, occident eum.* Esto era lo anunciado, y esto iba á cumplirse. Y esto mismo es lo que la Iglesia pone en estos dias ante nuestros ojos, para apartarnos de los peligros y males que traen consigo los goces mundanos. Ella no duda, que si hay algun resto de fe en el espíritu de sus hijos, el recuerdo de la pasion del Salvador será suficiente para retraerles de las pecaminosas diversiones mundanas, y conducirles al templo á meditar sobre los dolores y angustias sin cuento, que Cristo quiso padecer por nosotros.

Con efecto: la memoria de la pasion del Señor debe obligarnos á no tomar parte en las diversiones pecaminosas del carnaval. Esto es lo que voy á demostraros, despues de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. Nadie puede darse el nombre de cristiano, si no imita la vida de Jesucristo; y toda la vida del Salvador se reduce á padecer y morir. Los apóstoles no entendieron lo que el Hijo de Dios les decia, que habia de suceder en Jerusalem, fuese porque el amor que le tenian no les permitia presumir, que habia de pasar por tan crueles pruebas, ó fuese porque carecian de valor para tomar parte en sus trabajos é ignominias. Lo cierto es, que el lenguaje de su divino Maestro fué para sus entendimientos un lenguaje oscuro y desconocido. No entendieron, ó no se prestaron á entender aquello que entónces pensaban no poder sufrir. Hay en nosotros una marcada resistencia al sufrimiento. Queremos gozar, queremos deleitarnos, queremos desvanecernos en los placeres, y huimos de los padecimientos y del sacrificio. Sin embargo, el cristiano debe llevar la cruz, como la llevó su divino Maestro; las mortificaciones han de ser su pasto, su vida ha de ser una vida crucificada. Esta es su profesion, este su destino; y quien rehúsa la mortificacion, quien huye de la penitencia, quien no quiere lle-

var la cruz, falta á su condicion de cristiano, y no puede tener parte en la felicidad que Jesucristo nos compró con su sacrificio.

2. Y si el no seguir á Jesucristo con la cruz áuestas es faltar á la condicion de cristiano, ¿qué será entregarle á sus enemigos, y escarnecerle, azotarle, escupirle y crucificarle? Pues esto es, amados oyentes, lo que hacen todos aquellos que toman parte en las criminales diversiones del carnaval. Ellos le entregan en manos de sus pasiones; le escarnecen con sus inmodestas é indecentes transformaciones; le azotan con sus palabras y acciones inmorales; le escupen en el rostro con sus voluptuosidades; y con sus abominables escándalos le dan la muerte, porque, como dice el Apóstol, los que despues de haber sido iluminados por la fe, y hechos participantes de los divinos misterios, se entregan á los excesos del vicio, vuelven, en cuanto de ellos depende, á renovar las ignominias y la crucifixion del Hijo de Dios.

Se dirá, tal vez, que hay en estos dias algunas diversiones honestas, á las cuales se puede concurrir sin ofender á Dios; pero, si al presente, casi en todas las diversiones públicas está el alma rodeada de graves peligros, ¿cuánto mas lo estará en las del carnaval, en cuyos dias se supone lícito lo que en lo restante del año se mira como abominable? El demonio tiene ahora echadas, digámoslo así, sus más espesas redes por toda la tierra, para que no pueda salirse de ellas ni aun el hombre sensato, si ha tenido la desgracia de acercarse á gustar el cebo de las diversiones ordinarias. Con efecto, examinad bien las diversiones en semejantes miserables dias, y vereis, que todo en ellas se cree permitido, y que los más, despues de haber comparado las unas con las otras, se deciden á ir adonde hay ó suponen haber mas facilidad de pecar. Pero quiero suponer, que solo concurrís á las diversiones que conceptuais honestas; aun en este caso ¿quién puede aseguraros, que refrenareis vuestros sentidos, de manera que no se proponen á lo vedado? Si siempre es difícil señalar el punto de separacion entre lo lícito y lo prohibido, mucho más lo es en estos dias, porque á proporción que se enciende el fuego de las pasiones, van amortiguándose las luces del alma, que se queda por fin envuelta en la oscuridad. La débil llama del fervor cristiano, que en otras ocasiones arde en los pechos de los mundanos, está apagada en estos dias. Todo lo espiritual desaparece en esas fiestas profanas. No queda allí más que tentaciones y flaquezas; mundo, demonio y carne; peligros de pecar y pecados gravísimos. Allí la imaginacion hierve; prende en las venas un fuego lento, que bien pronto, asomando por los ojos, se comunica á otros con las miradas. ¿Qué es lo que podrá impedir los

progresos de este incendio? ¿Acaso, el pensamiento de la eternidad? No; que este no es tiempo de pensar en el rigor del juicio, y en lo tremendo de las penas del infierno. ¿Tal vez la memoria de nuestro Salvador? Mucho ménos, porque en estos centros de mundana diversion se tendria por falta de urbanidad el hablar de lo que por nosotros hizo el Dios del Calvario. ¿Pensais, por ventura, que el respeto humano os preservará de incurrir en pecados graves? Ya sé que el mundo suele merecer mayores sacrificios que nuestro amabilísimo Criador, y que si mil veces no se le ofende, es más por miedo de la censura del mundo que por temor de los divinos juicios. Pero esto no sucede en los dias de carnaval, en que la religion se ve desatendida, y en que se precinde enteramente de ciertas consideraciones sociales, que, en otros tiempos suelen reprimir los impulsos pecaminosos. Bien puede el mundano soltar la rienda á sus pasiones; armar lazos á la inocencia; despeñarse de delito en delito; hacer, en una palabra, cuanto le sugiera su malicia; pues nada tiene que temer del mundo, que le prodigará aplausos por aquello mismo que, en otras circunstancias, le haria incurrir en la nota de libertino. Los mismos ojos que, en otro tiempo, saben descubrir defectos en las virtudes mas acrisoladas, no saben ver ahora la fealdad de los vicios mas groseros.

Mirad, hermanos míos, mirad con horror estas diversiones, que escandalizan á la Iglesia, y atraen sobre nosotros el azote de la ira divina. No juzguemos de los pecados, que tales diversiones ocasionan, por los pecados que se cometen en otros dias; porque si en otros dias caeis en alguna flaqueza, habrá algunos de vosotros que, desengañados de la vanidad de los deleites, derramarán amargas lágrimas para lavar sus pecados. La Iglesia bien pronto nos recordará la hora de la muerte, que nos ha de reducir al polvo de que hemos sido formados. Algunas almas afortunadas, aprovechándose de los pasajeros momentos de la gracia, detestarán el amor que tuvieron á los placeres, y con dolorosos gemidos implorarán la divina clemencia. Pero, en los presentes dias, nada de esto acontece; casi todos sacuden el yugo del Señor; y para no temer el furor de su ira, pasan del juego al banquete, del banquete al baile, del baile á la maledicencia, y á todos los excesos y escándalos.

En otro tiempo, como dice David, asomóse el Señor desde su excelso trono, para ver si entre los hijos de los hombres habia alguno juicioso que buscase á Dios; y el mismo profeta nos asegura, que todos se habian apartado de él, y que no habia quien se ocupase en cosa buena. Lo propio sucede en estos dias. No olvidéis, empero, hermanos míos, que mientras los hombres sueltan la rienda á sus

apetitos y pasiones, el Señor, justamente irritado por tantos excesos, prepara los castigos á que se hace acreedora la humana iniquidad. Dios es sumamente bueno y misericordioso; pero, cuando todos conspiran á provocar su ira, y no hay quien impida con sus ruegos el escarmiento que tiene premeditado, el castigo no se hace esperar. Cuando todos se apartan de Dios, Dios se aparta de todos: cuando todo un pueblo crucifica á Jesucristo, sobre aquel pueblo cae la sangre de este Justo. Ahora bien; al ver las licenciosas costumbres, que entre nosotros imperan en estos dias ¿quién diria, que estamos en medio de un pueblo cristiano? Ese escandaloso tumulto, que se observa en nuestras poblaciones, ¿no es por muchos conceptos comparable al tumulto, que levantaba el pueblo judío cuando conducia á Jesucristo al Calvario, y pedia á gritos que fuese crucificado? ¡Oh, hermanos míos! temamos el justo enojo de Dios: el castigo de tantos escándalos vendrá, no lo dudeis. Esos banquetes en que reina la gula, son anuncios de grandes calamidades; esas diversiones sensuales acarrearán enfermedades, muertes violentas, y trastornos; el desprecio que se hace de la voz de los ministros del altar, será castigado con una ceguedad general, que ocultará á la vista de los hombres los caminos de la divina misericordia, y hará que paren en una final impenitencia.

Amados oyentes, por el amor de nuestro Señor Jesucristo os ruego, que no tomeis parte en las diversiones del carnaval, tan contrarias á lo que la santidad de nuestro estado reclama. La Iglesia, en los presentes dias, nos recuerda la pasion de nuestro Redentor: meditémola, y de este modo aprenderemos á conocer, cuán inmensa es la grandeza de un Dios, que no ha podido ser dignamente honrado, sino con el sacrificio de su Hijo; cuán grande es su santidad, pues ni á su Hijo perdonó, viendo en él la figura y apariencia del pecado; cuán rigurosa es su justicia, que no ha podido ser aplacada sino con una víctima de infinito valor; cuán grande es su misericordia, pues para hacernos eternamente dichosos, condenó á muerte á aquel en quien tiene todas sus complacencias; aprenderemos, por último, á conocer toda la entrañable caridad de Jesucristo, que dió su vida por nosotros, y toda la perversidad del pecado, que causó la muerte del Hijo de Dios.

¡Dios mio! disipad las tinieblas que oscurecen el entendimiento de los infelices cristianos, que en estos dias os desprecian é insultan; haced que se arrepientan de todo corazon, para que algun dia merezcan entrar en la eterna gloria. Amen.

CARNAVAL

(DESÓRDENES DEL).

III.

Vae vobis, qui ridetis nunc; quia lugebitis et flebitis.

¡Ay de vosotros los que ahora reís! porque que dia vendrá en que os lamentareis y llorareis.

(Luc. vi, 25.)

Tal es la sentencia, que el Hijo de Dios pronunció contra los que no buscan en este mundo más que locas alegrías, placeres culpables, diversiones profanas; contra los que cifran todo su consuelo en los goces de esta vida: ¡Ay de vosotros! dice el Señor, porque teneis vuestro consuelo en este mundo: *Vae vobis, quia habetis consolationem vestram*. Luc. vi, 24. Recuerdo ahora este temible anatema, porque han llegado ya los dias de la alegría del mundo: *Mundus autem gaudebit*; los dias de las pompas y obras de Satanás. ¿Podrá haber algunos de vosotros, amados hermanos míos, que desertando en estos infaustos dias de la bandera de Jesucristo, vayan á agruparse bajo la de Belial? Hijos queridos de la madre más tierna, de la santa Iglesia, que os ha regenerado y os ha recogido en su seno; ¿os atreveréis ahora á volveros contra ella, á despreciar sus consejos, á hollar el Evangelio, y enarbolar el estandarte del escándalo? No, yo me prometo mucho más de vuestra fe y religion; me prometo mucho más de la nobleza de vuestros sentimientos; porque, ¿no es envilecerse, el descender á las denigrantes locuras á que hoy se entregan los hijos del pecado? Así, pues, lo que me propongo en este discurso, es únicamente aumentar más y más la aversion, que ya teneis á los excesos que se cometen durante los dias de carnaval. Imploramos antes, etc. A. M.

1. El papa S. Gregorio ha dicho, que entre las diversiones mundanas hay muy pocas permitidas é inocentes: que las honestas son raras, y que las más son culpables. Entre estas últimas deben contarse las que tanto preponderan en estos infaustos dias; pues si bien se consideran, obsérvase, que todas, ó casi todas, consisten en provocaciones á una alegría loca, en disfraces ménos decentes, en bailes insensatos, y en excesos de gula, que degeneran en escándalo.

¿Qué hace el mundo á estas horas? Olvidando que se acerca el tiempo de la penitencia, que van á amanecer los dias de salvacion, y cerrando los oidos á la voz del Salvador, que llama á los fieles al pié de los altares para reconciliarse con él, ocúpase tan solo en vanidades y extravagancias, suspende los negocios, anuncia reuniones y fiestas ruidosas, y prepara banquetes, atrayendo de este modo á la juventud, tan ávida siempre de placeres: Ven, la dice, este es el tiempo de la alegría; ven, corre, toma la copa que te ofrezco, y saciate de deleites. Léjos de aquí las palabras austeras, los pensamientos tétricos, las prácticas religiosas; ¡quédese para otros dias la lúgubre memoria de la muerte y de la eternidad! Jóvenes, apresuraos á gozar de la vida, que se disipa como los vapores de la mañana: los que por vuestra edad, libertad y fortuna podeis entregaros á los placeres, aprovechad los presentes dias. Así habla el mundo en estos dias de locura. ¿No es este, hermanos míos, el lenguaje del mal? Esta provocacion á las diversiones, á los banquetes, á las reuniones peligrosas, ¿no es del todo pagana é impropia de los hijos del Evangelio?

En los tiempos del paganismo habia dias consagrados á la más escandalosa licencia. Entregados entónces los pueblos á las más torpes pasiones, olvidados de su celestial origen y de su fin, dormian en las tinieblas, como dice la Escritura, y despertábanse, por decirlo así, en brazos de la más vergonzosa y frenética sensualidad. Pues esas son, amados hermanos míos, las calamitosas épocas, esas las deplorables costumbres que recuerdan los que en estos dias se presentan en público, cubiertos con ridiculos é innobles disfraces: tambien ellos quieren consagrar dias á la licencia, levantar altares á las malas pasiones, sacrificar en aras de la carne y de los sentidos, como dice el Apóstol. En efecto, oid sus discursos, y vereis en ellos, á cada palabra, menospreciada la caridad, ofendida la honestidad, holladas las buenas costumbres; observad su continente, y vereis la dignidad de la criatura formada á imágen de su Criador, convertida en la más degradante humillacion; contempladles en la mesa, y los vereis comer y beber sin moderacion, cantar, reir y gritar como unos insensatos.